

TIEMPOS, ESPACIOS Y GENTE: REFLEXIONES SOBRE LAS PRÁCTICAS DE LA ARQUEOLOGÍA DE CÓRDOBA DESDE CORDOBA, ARGENTINA

Andrés G. Laguens

Museo de Antropología

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Resumen: *Se presenta una discusión acerca de la particular falta de esquemas cronológicos y evolutivos en la historia de la arqueología de la zona central de Argentina hasta casi la actualidad. Buscando pautas para entender esta situación se analiza en términos de la construcción del otro desde distintos marcos conceptuales, el distanciamiento con el pasado prehispánico y sus moradores, el rol de la disciplina, a la par de cómo ello, incluyendo nuestras propias prácticas, ha incidido e incide en la imagen de los pueblos originarios y en la relación de la ciudadanía actual con los pueblos originarios de la región*

Abstract: *It is argued about the peculiar absence of evolutionary or chronological schemes in the history of the development of archaeological research at the center of Argentina till almost the present time. Trying to understand this situation, it is analyzed in terms of the construction of the other from different frames, the role of the discipline at that point, and the distance the observers have interposed between them and the past and their people and the present time, as well as how this, including our own practices, have interfered and interfere in the image of aboriginal people and in the current relationships of Córdoba citizens with the original peoples at the region.*

1. LOS TIEMPOS.

La región central de Argentina, en las provincias de Córdoba y San Luis, conocida en la arqueología nacional como las Sierras Centrales, es una zona que si bien ha recibido la atención de especialistas desde fines del siglo XIX, llamativamente, pese a este desarrollo temprano de las investigaciones arqueológicas en paralelo al de otras regiones aledañas del país (como la Patagonia o la zona Andina en el extremo Noroeste), se ha caracterizado por la falta de esquemas cronológicos explícitos, en contraste inclusive con dichas regiones, donde sí se han propuesto diversos esquemas de periodización. Pero esto no es lo llamativo del caso sino que, de manera

contrastante con esta ausencia, hay un consenso implícito – aún hoy – acerca de que la historia local de las poblaciones originarias se ajusta a los esquemas de desarrollo habituales de los modelos universales de evolución, basados principalmente en los cambios de las estrategias económicas y en la supuesta complejidad socio-política concomitante. Trataremos de entender aquí las particularidades de este fenómeno, intentando contextualizarlo en el desarrollo del pensamiento de la arqueología de la región (Laguens y Bonnín 1998) y en la situación actual de la arqueología, y la de nuestras propias prácticas, junto con sus relaciones con los pueblos originarios.

En dicho esquema conceptual, dos “culturas” de cazadores-recolectores se suceden en el tiempo, desde el 8.000 A.P.: Ayampitín (González 1952, 1960), caracterizada por puntas de proyectil en hoja de laurel, seguida por Ongamira (Menghin y González 1954), sin datación absoluta pero posterior a la anterior, con un momento transicional de coexistencia, y caracterizada por una tecnología de puntas de proyectil triangulares. Las sociedades cazadoras de Ongamira habrían incorporado, quizás cercanamente al inicio de la Era (para otros, alrededor del 1000 d.C.), la agricultura, produciendo un cambio radical en su modo de vida, organizados en entidades políticas autónomas (Laguens 1999a, Pastor y Berberían 2007), habitando en aldeas de casas semisubterráneas o “casas pozo”. Cuando la conquista española en 1573, se los denominó “Comechingones” y “Sanavirones”, y comenzó un proceso de colonización con desintegración, aculturación, exterminio y desestructuración, cuyas consecuencias se sienten aún hoy en la marginalidad e invisibilidad de las poblaciones de indígenas locales (Bonnín y Laguens 2007, Laguens 1999a, 2007a), o en la declaración de “extinción” por parte los arqueólogos (Berberían 1999, Berberían y Roldán 2001).

De manera interesante, cada uno de estos bloques era tratado de manera distinta e implicaba dos maneras de concebir el pasado y las personas: el tiempo de los cazadores recolectores era el del “hombre primitivo”, asociado a escalas areales, cuyas generalizaciones eran válidas para todo el territorio. El tiempo agricultor y alfarero era el del “hombre del Neolítico”, asociado a escalas locales, con generalizaciones de escala geográfica menor, de un valle o una zona. Los cazadores recolectores eran habitantes de la prehistoria y los pueblos agroalfareros de la historia, sobre los que se pudo realizar la conquista y la colonización española, que darán una nueva identidad a Córdoba, marcando el contraste con el posterior mundo civilizado y moderno.

Este esquema básico, que con claridad reproduce a escala particular la bipartición Paleolítico-Neolítico (y orígenes de la civilización), sin embargo nunca fue

explicitado como tal, ni como una secuencia manifiesta de estadios o etapas, aún cuando esto era objeto de estudio y un problema para la arqueología culturalista, varias décadas atrás. Notablemente, y en cierta forma anacrónica, recién en los primeros años de este siglo estos esquemas comenzaron a hacerse explícitos en su uso, aunque no en su formulación, sino con expresiones tales como "etapa cazadora-recolectora", "contexto precerámico", "etapa agroalfarera", "etapa productora de alimentos" (Berberían y Roldán 2001). Más explícitamente aún, se ha propuesto la delimitación de un "período prehispánico tardío" dentro de un "período prehispánico" mayor, definido aquél por "el advenimiento de la producción agrícola que las sociedades serranas integraron a sus tradicionales prácticas de caza y recolección" (Pastor y Berberían 2007: 31) y "una generalización en el empleo de la tecnología cerámica" (*Idem*: 32). Se define como un período de "significativas transformaciones" y de procesos complejos con consecuencias en lo económico, demográfico, político y social, cuyo límite inferior es establecido a partir de dataciones radiocarbónicas de contextos con agricultura (ca. 900 d.C.), y el superior por un hecho histórico, como la fundación española de la ciudad de Córdoba en el año 1573 (*Ibidem*: 32).

2.LOS ESPACIOS.

Más allá de esta propuesta muy reciente, es como si en la historia de su desenvolvimiento, la arqueología local no hubiera despertado en los investigadores el suficiente interés como para profundizar en el estudio y el impulso de esquemas de desarrollo locales. Un hecho que quizás ayude a explicar esto es la fuerza de una concepción dominante durante mucho tiempo acerca de la posición geopolítica de la región en el pasado prehispánico, en términos de complejidad – tanto cultural como evolutiva – de acuerdo al lente desde donde se mirase. En muchos trabajos hasta la década de 1980 es casi una constante la referencia a la región como un área intermedia, no sólo geográfica sino también culturalmente, donde una de sus características residía justamente en la convergencia de elementos de otras zonas vecinas (por ej. De Aparicio, 1939; Serrano, 1945; Marcellino, Berberían y Pérez, 1967; González, 1977). Pese a ello, y considerando el registro arqueológico, había elementos propios – los estilos de puntas de proyectil, las cazas pozo y unas representaciones plásticas de humanos en figurillas de cerámica muy típicas – que de hecho hicieron que la región se identificara como área independiente en las divisiones culturalistas de áreas culturales de la Argentina hechas a mediados del siglo XX y más

(Serrano 1945, González 1977, González y Pérez 1972), aunque la poca variabilidad intra-regional y su permanencia a través de los grandes bloques de tiempo, parecía ser la otra faz de esta identidad.

3.LA GENTE.

Dicha idea de zona intermedia geográficamente en un esquema Norte-Sur, a su vez coincidía con (o ponía de manifiesto) una concepción cultural: los indios de las Sierras Centrales "eran" también "intermedios" entre los grandes desarrollos civilizatorios del mundo andino del Noroeste argentino y los más "primitivos" de Patagonia y Tierra del Fuego, hacia el Sur.

Creemos que como una consecuencia de todas aquellas concepciones de lo local, fue más fuerte la homogeneización en las miradas y en las lecturas del registro arqueológico y del pasado, proyectada luego a los humanos y a los distintos grupos que habitaron la región (y habían producido ese registro arqueológico). Se generó así una única imagen dominante que desdibujaba las diferencias, opacaba los contrastes, desacelerando o casi inmovilizando el cambio intrínseco de las sociedades y, quizás, recursivamente y en consecuencia, recurriendo a esquemas evolutivos implícitos, universalmente homogeneizantes, para su explicación. Como caso, los antiguos habitantes de las Sierras Centrales no resultaban entonces ser un tópico de mayor interés: el mundo está lleno de estos casos, que no se destacan por nada particular, no desafían los esquemas vigentes, no se alejan de la norma, y obtienen poca visibilidad arqueológica, "real" y bibliográfica.

Ese esquema bipartito en bloques evolutivos universales de Paleolítico y Neolítico, en tanto síntesis de dos modos de vida contrastantes sucesivos en el tiempo, también proporcionaba una imagen de seres pasivos, sin posibilidades de agencia en la inevitabilidad del cambio (por ejemplo, ante la conquista, como veremos más adelante). Esta imposibilidad de agencia, de algún modo, justificaba la falta de investigaciones sobre las formas de resistencia, pese a menciones aisladas al respecto (Montes 1956, Laguens y Bonnin 1997; Laguens 1999a, Laguens y Bonnin 2008). Los enfoques procesuales de la década de 1980 y 1990 - más allá de las conocidas limitaciones de corte positivista y la noción uniformitarista de un hombre racional - contribuyeron a dinamizar parcialmente la imagen de los indígenas, ubicándolos en contextos en los que son capaces de tomar decisiones, ejecutan estrategias, evitan el riesgo, tienen conductas oportunistas, expeditivas, etc. (Laguens y Bonnin 1987, Laguens 1999b, Pastor y Berberían 2007).

4. TIEMPOS, ESPACIOS Y GENTE.

Si bien la profundidad temporal de ocupaciones humanas en la zona que se remontan a fines del Pleistoceno es un dato reciente (Laguens *et alii*, 2007c; Laguens *et alii*, 2008; Rivero y Roldán, 2005), confirmando propuestas desechadas de fines del siglo XIX y del siglo XX por falta de contextos seguros y dataciones absolutas (por ej., Ameghino, 1885; Montes, 1960), en realidad, las investigaciones arqueológicas han mostrado siempre la existencia de un espectro amplio de variabilidad regional, más allá de los enfoques actuales (Berberían y Roldán, 2001; Bonnín y Laguens, 2000; Laguens y Bonnín, 2008; Serrano, 1945). Por eso, no podemos dejar de cuestionarnos si toda esta situación es un efecto de esa visión homogeneizante, podríamos decir hasta apática, desleída u opaca, de los habitantes originarios de las Sierras Centrales y su historia. Nos hemos preguntado en otro lado (Bonnín y Laguens, 2007) cuáles podrían ser los motivos de todo esto: ¿hasta qué punto se trata de la "tiranía" del registro arqueológico?, ¿son propiedades reales de ese registro?, o bien ¿es la fuerza de los modelos teóricos?, o inclusive, ¿se trata quizás de prejuicios más profundos, arraigados en ideas tipológicas, racistas y clasistas, que aún hoy en la Córdoba del siglo XXI, al negar las capacidades originales de los pueblos indígenas del pasado, justifican o no asumen responsabilidad en su eliminación, a la vez que niegan su rol en la construcción del presente y su presencia actual?

Uno de los factores que pudo haber contribuido a todo esto es el hecho que si se concebía al registro arqueológico de la región como de poca variabilidad, entonces se veía dificultada la realización de tipologías para luego ser ordenadas cronológicamente. De este modo no había posibilidades de una periodización por el método tipológico, como lo señala Martínez Navarrete (1989: 126-127), en una perspectiva que impone que la estructura de los esquemas de periodización debe ser isomórfica con la del registro arqueológico. Si no se podían identificar y aislar unidades analíticas en el registro empírico, menos aún se iban a poder ordenar las evidencias arqueológicas en el tiempo, no quedando más remedio que apelar a esquema conceptuales preconcebidos y proyectarlos localmente. De otro modo, hubiera sido muy arriesgado aventurar un esquema histórico sin un contenido cultural específico.

El hecho de que esto era así queda afirmado con la división secuencial de González entre Ayampitín y Ongamira que mencionamos arriba (González, 1960). A partir del descubrimiento de secuencias estratigráficas de puntas de proyectil, éstas

permitieron la construcción de la primera tipología lítica para la región, con lo cual el autor construyó su clave de cambio sobre la caracterización de la variación morfológica a lo largo del tiempo. Las puntas fueron convertidas en fósiles guía para la separación de dos momentos o etapas dentro del gran bloque temporal correspondiente a las sociedades *precerámicas* (como se decía en Sudamérica en la época para referirse a sociedades cazadoras y recolectoras anteriores a la fabricación de cerámica). Sin embargo, de manera muy sagaz, el autor logra evadirse en su planteo de toda periodización teórica, y recurre a una periodización metodológica (*sensu* Martínez Navarrete, 1989: 137), utilizando números para designar la secuencia temporal de cambios observados en los contextos arqueológicos (por ej. Intihuasi IV, III, II y I, u Ongamira I, II, III y IV), conteniendo inclusive dataciones absolutas.

Pero, como ya señaláramos con anterioridad (Bonnin y Laguens, 2007), si bien hay dataciones radiocarbónicas, el tiempo de las cronologías absolutas en estos esquemas de periodización es un tiempo físico (Fabian, 1983: 22). Como tal, se lo supone objetivo, natural, no cultural, inicialmente vacío, y allí se anclarán los eventos históricos, antropológicos o culturales, que el arqueólogo develará con sus métodos, descubriéndolos (Gnecco, 1999: 91), dándole contenido y un sentido de sucesión y cambio. Es obvio que la visión del tiempo tendrá consecuencias en la construcción del pasado y de las personas, poniendo en juego una serie de creencias enlazadas sobre tiempo, espacio, cambio y culturas. Y aunque el avance de las investigaciones en las últimas décadas ha enriquecido sustancialmente la concepción de los cazadores recolectores, así como de las sociedades agroalfareras, generándose nuevos modelos compartidos tácitamente entre los investigadores (Laguens, 2006a), ha primado siempre una concepción que no dejó de ser esencialista, en tanto todo cambio en última instancia se vio reducido a la presencia de culturas distintas, donde una sucede en el tiempo a otra, o bien es reemplazada en un proceso migratorio (González, 1960: 119; Berberían, 1999: 142) o, en su defecto, por ausencias que diferencian a los grupos locales por ser lo que no son (o no llegaron a ser). Esto es el caso, por ejemplo, cuando Pastor y Berberían (2007: 41- 43), caracterizan su propuesta de período tardío, entre otras cosas, por el mundo que no fue: ausencia de grandes poblados o centros políticos regionales, ausencia de obras de infraestructura agrícola, falta de grandes movilizaciones de fuerza de trabajo, limitaciones para el surgimientos de jerarquías locales o regionales, ausencia de desigualdades sociales estructurales, justificando la imposibilidad de caracterización del período en base a categorías y conceptos habituales de la disciplina debido a insuficiencias en la documentación arqueológica (*sic*). De este modo, encontramos que distintos autores satisfacen de

manera directa, o indirecta, las fuertes demandas teóricas y empíricas de los esquemas conceptuales.

Pareciera, en fin, que el hecho de la amplia y generalizada aceptación implícita de estos esquemas universales, en "...su condición implícita y subliminal implica una férrea dependencia de ellos por parte de los investigadores para los que ha llegado a ser una actitud mental constitucional" (Martínez Navarrete, 1989: 129), que creemos, en general, ha tendido a opacar el pasado indígena local y ha influido negativamente en la visión contemporánea de los pueblos originarios, pasados y actuales, entre la ciudadanía cordobesa.

5.CONSTRUYENDO OTROS.

Hallamos entonces que, de este modo, hay una construcción de un "otro" que, pese a no estar distanciado geográficamente – en tanto observador y observados comparte el mismo espacio físico actual – es un sujeto cuya lejanía mayor tampoco está principalmente en el tiempo, sino en una distancia "cultural", más bien tipológica. Una distancia que se acrecentaba cuando los objetos arqueológicos no permitían hacer tipologías y por ende secuencias detalladas de cambio, en la que la oposición "agroalfareros-precerámicos" (i.e., sociedades agrícolas con cerámica y sociedades cazadoras recolectoras anteriores a la cerámica) fijaba aún más los tiempos de cada etapa, en una especie de no-tiempo caracterizado por la falta de cambio (Gnecco, 2006). Ello logra en cierto sentido el máximo distanciamiento: el pasado y sus indios es lo más lejano que podemos encontrar a nosotros; y lejano no sólo como tiempo, sino principalmente como diferencia. Las expresiones de diversos autores son paradigmáticas al respecto. De Aparicio, en el capítulo referido a los aborígenes de Córdoba en la obra oficial de historia argentina impulsada por la Academia Nacional de la Historia en el año 1936 y avalada por el Congreso de la Nación Argentina (De Aparicio, 1939), dice que "*La antigua provincia de los Comechingones es una región pobre, arqueológicamente considerada, y no ha atraído, por lo tanto, la atención de los especialistas*" (op.cit.: 363), o más adelante, "*Las noticias históricas y los hallazgos arqueológicos confirman, a la par, la práctica del trogloditismo de estos indios...*" (Idem: 381). Quizás haya pocos conceptos con mayor función temporalizadora, de distanciamiento y con connotación de primitivismo, que la idea de troglodita. Antonio Serrano, fundador del Museo de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba en 1941 (Bonnin 2007a; Bonnín, 2007b y este volumen), y autor de la mayor obra de

síntesis hasta la actualidad sobre los grupos originarios de Córdoba, *Los Comeghingones* (Serrano, 1945), obra de amplísima aceptación y consulta actual, consideró que en el territorio de la provincia actual se podían definir regiones por elementos caracterizantes, correspondientes a manifestaciones de diferentes "estratos culturales" de distinta antigüedad y procedencia geográfica, conviviendo, pero distribuidos diferencialmente en el área, a la manera de los ciclos de la escuela histórico-cultural alemana. Otra forma de referirse en la época al pasado local más remoto era a través de la idea de Hombre Fósil (Serrano 1945; Montes 1960), para describir y caracterizar a los grupos cazadores y recolectores del Holoceno inicial y medio. Así, por ejemplo, Aníbal Montes describe un hallazgo de un entierro secundario en el Norte de la Provincia (Montes, 1960) como producto de un acto de canibalismo ritual, de un "festín de canibalismo", "una milenaria tradición de estos sanguinarios cazadores..." (Op.cit.: 27). O inclusive más recientemente, la versión actualizada de la historia oficial de la Academia Nacional de la Historia de Argentina (*Nueva Historia de la Nación Argentina*), se refiere a los aborígenes de Córdoba como "naturales" (Berberían, 1999: 150 y 152), es decir, lo más lejano que podemos encontrar a nosotros mismos desde la oposición Naturaleza-Cultura, propia de Occidente. Esta perspectiva se ve reforzada con la creencia en un destino fatal, cuya inevitabilidad también puede ser explicada por una distancia cultural, ya no con "nosotros", sino con "nuestros antecesores" de la Madre Patria, ya que las comunidades locales "no pudieron evitar la agónica destrucción a la que estaban destinadas las culturas americanas por la presencia española en estas tierras...", que "impusieron un destino uniforme de marginación y extinción a las comunidades americanas." (idem: 154).

Si toda construcción antropológica del "otro" es en realidad la definición de un "nosotros" (Hernando, 2001a: 219, 2006), resulta interesante ver cómo en esas caracterizaciones, por contrastación, se elevan varias definiciones de la identidad local, que hasta hoy se han sucedido y acumulado históricamente, tales como la Córdoba colonial, la Córdoba jesuítica (hoy Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO), la Córdoba religiosa, clerical, "de las campanas" (por tantas iglesias una cerca de otra en el casco histórico de la ciudad), la "Docta" (por sus universitarios o doctores de la universidad Jesuítica del siglo XVII). Y aunque haya muchas identidades, o muchas formas de caracterizar una identidad colectiva, ninguna de ella incluye lo indígena, sino que se erige por su oposición y negación, se construye en la diferencia.

En este aspecto, llama la atención cómo en las construcciones del pasado indígena, sin embargo, se aplica otro criterio opuesto, el de la semejanza. Claro que semejanza con otros "otros" y no con nosotros. Creemos que es un proceso en el cual

a través de la utilización implícita – e explícita – de los modelos conceptuales universales de desarrollo de la humanidad, se pone en juego la búsqueda de similitudes en distintos tipos de razonamientos, no sólo analógicos o comparativos, partiendo siempre de un punto de vista ajeno, externo, que preconice al otro como distinto. Foucault (1966) sostenía que la forma de construcción del saber en el siglo XVI la semejanza tuvo un papel importante, bajo cuatro formas principales. De ellas, pareciera que dos (o tres) todavía estuvieron vigentes en el siglo XX para la construcción del conocimiento arqueológico de Córdoba y, además, fueron utilizadas en distintas escalas de análisis, como si cada fragmento de la realidad necesitara otra forma de razonamiento. Obviamente la *analogía* es la más inmediata, estableciendo semejanzas a través del espacio a partir de las similitudes entre partes y de relaciones (Foucault, 2002: 30), un procedimiento común en la arqueología, y que da sustento a la posibilidad de la oposición Paleolítico-Neolítico/Precerámico-Agroalfarero, así como a su validez en espacios distintos al de su formulación original, y cuya valor es de amplia escala espacial y temporal. Ahora bien, ya dentro de esos dos bloques, pareciera haber funcionado una búsqueda de semejanzas por *simpatía* (*op.cit.*: 32), cuando la perspectiva se centra en espacios geográficos más chicos, cuando ahora se estudia una “cultura” y no se hallan diferencias: una es igual a la otra, no hay variación, no hay tipologías posibles; dice Foucault “*La simpatía es un ejemplo de lo **Mismo** tan fuerte y tan apremiante que no se contenta con ser una de las formas de lo semejante; tiene el peligroso poder de **asimilar**, de hacer las cosas idénticas unas a otras, de mezclarlas, de hacerlas desaparecer en su individualidad...La simpatía transforma. Altera, pero siguiendo la dirección de lo idéntico...*” (Ídem, énfasis original). Pero notablemente, para que el proyecto de distanciamiento sea exitoso, esta definición de semejanzas se da junto con otra figura, la *antipatía*, que “*mantiene a las cosas en su aislamiento e impide la asimilación; encierra cada especie en su diferencia obstinada y su propensión a preservar en lo que es...*” (Ídem: 33): grupos cazadores-recolectores, Comechingones y Sanavirones que se prolongan inmovilizados en el tiempo. Justamente, de este juego de simpatía y antipatía se logra una identidad, sostiene Foucault, “*La identidad de la cosa, el hecho de que puedan asemejarse a las otras y aproximarse a ellas, pero sin engullirlas y conservando su singularidad – es el balance continuo de la simpatía y la antipatía que le corresponde*” (Ídem: 33). Y aquí no se logran simultáneamente sólo dos identidades: la de “ellos” y la de “nosotros”, además se obtiene – en su homogeneidad y mismidad, y retornando a una escala espacial mayor – la caracterización de un “algo” distinto, que puede ser diferenciado de otros “algos” y que define a un espacio geográfico con una historia como un “área cultural”:

las Sierras Centrales.

Si nos detenemos en cada uno de los bloques temporales, además de los juegos de analogías y simpatías, se ha puesto en juego otro modo de demarcación: la discontinuidad (y su contra-cara, la continuidad) (Laguens, 2006b). En cuanto forma de marcar rupturas en las secuencias locales y poder diferenciar etapas de desarrollo dentro de los bloques, este criterio ha sido usado de dos modos, a veces implícito, como en el caso de los cazadores-recolectores, u otro explícito, como en el caso del "período tardío". Cuando Rex González organizó los contextos, secuencias y correlaciones de la gruta de Intihuasi (1960: 169), el sitio tipo paradigmático de la etapa correspondiente a los cazadores recolectores de la región, su criterio de diferenciación se basó en la distribución de frecuencia estratigráfica de dos tipos morfológicos claves, las puntas de proyectil lanceoladas (más antiguas) vs. las puntas triangulares, donde las segundas van reemplazando progresivamente a las primeras a lo largo del tiempo. Con esto, su propuesta era interpretar la secuencia arqueológica de las Sierras Centrales (*op.cit.* 174), para lo cual necesitaba recurrir a su vez a otros sitios de la región (principalmente Ongamira, otro sitio tipo para las puntas triangulares) (Menghin y González, 1954) y del continente. A partir de analogías, semejanzas y también diferencias, entendió los cambios en las frecuencias de hallazgos como discontinuidades culturales en las poblaciones locales debidas a migración o invasión, cuando un primer grupo humano fue reemplazado por grupos con otra tecnología, quienes los asimilaron.

El uso de un criterio demarcatorio explícito para diferenciar etapas a partir de cambios en el registro arqueológico, y que implicarían rupturas y continuidades con tiempos previos, lo encontramos cuando se define al período tardío de la región central de las Sierras Centrales: a partir de un cambio tecnológico y económico, datado absolutamente en el tiempo, se introduce un quiebre significativo en algunas formas de hacer las cosas, a la par de continuidades en otras, deducido a partir del hecho que "*la evidencia arqueológica indica importantes transformaciones en la organización de las sociedades serranas*" (Pastor y Berberían 2007: 32). Aunque se parte de la auto-evidencia del registro arqueológico, a diferencia del bloque de los cazadores recolectores, estos cambios y continuidades serían intrínsecos a los grupos locales y marcan un hito en el tiempo, lo que significa claramente una ruptura con la antipatía de las semejanzas, que en cierta forma inmovilizaba y congelaba en el tiempo a las personas.

Algo similar fue planteado por nosotros mismos hace casi una década (Laguens, 1999a, 1999b) en cuanto a la intención de romper con la homogeneidad de

los bloques tempo-culturales, y acercarnos más a los individuos. Sin una pretensión de generalidad, nuestras investigaciones se centraron en la cuenca de un solo valle del Noroeste de la región, Copacabana, donde nos interesaron los cambios en la organización social, política y económica de los grupos indígenas locales ante el impacto producido por la conquista española. Para explicar este proceso histórico optamos por utilizar modelos de la ecología evolutiva, combinados con información etnohistórica. Más allá de los resultados obtenidos, y de muchas de las críticas acertadas a esta visión del "hombre económico y racional" (Ingold, 2001) que no vamos a detallar acá, nos interesa hacer una reflexión y analizar cómo, con una intención explícita de "acercar" al otro, también lo homogeneizamos y lo alejamos. Partiendo de una idea de las personas y de las sociedades indígenas opuesta a la de los estigmas del imaginario colectivo contemporáneo de los argentinos sobre los indígenas (Carrasco, 2000), quisimos rescatar y ayudar a valorar las sociedades locales del pasado. Para ello consideramos que la arqueología de Copacabana podía ser explicada recurriendo a modelos generales y universales, queriendo demostrar que inclusive Copacabana era un "caso" más de otras situaciones similares o de vigencia de regularidades más universales. Pero, en definitiva, de otra forma estábamos haciendo lo mismo que antes: al sumar la gente local a una categoría universal los estábamos homogeneizando, a la par que los convertíamos en un "otro" a-temporal, aunque de cierta forma la "distancia" humana se achicaba. Pero ello también resultó peligroso: la intención de acercar a los otros, puede ser entendido como un etnocentrismo ("son más parecidos a nosotros de lo que todos creen"), cuando en realidad apuntaba a sostener la unidad de los seres humanos, en una perspectiva más estructuralista (Hernando, 2001b, 2006).

A su vez, también tuvimos otra intención que creemos fue positiva, la de marcar que estos grupos en la igualdad también eran distintos, que tenían sus particularidades, tanto a una escala global como a una escala local. En lo primero, esta perspectiva nos permitió descubrir que las particularidades del caso no se ajustaban a varios modelos generales, tales como que la incorporación de la agricultura y la cerámica no produjo una "neolitización", que predominó una economía mixta que combinaba agricultura con caza y recolección, que la lógica de uso de los recursos no respondía a lógicas maximizadoras ni minimizadoras, que ofrecieron distintas formas de resistencia a la conquista, entre otros ejemplos (Laguens, 1999a, 2006a), factores que daban un cariz particular a estos grupos. En una escala local, a su vez, estas particularidades marcaban similitudes y diferencias con otros grupos coetáneos de otras regiones de Córdoba, apuntando a la existencia de distintas identidades en ese

todo homogéneo que eran las Sierras Centrales (Bonnin y Laguens, 2000; Laguens y Bonnin, 2008). Pareciera que la caracterización del período tardío que se está proponiendo en la actualidad, pese a su esquematicidad, apuntara en el mismo sentido en cuanto a un mayor detalle y menor escala, cuando sus propugnadores reconocen que *“A pesar de la marcada – y por el momento inevitable – generalidad de tales propuestas [la definición preliminar de los procesos sociales del período prehispánico tardío] se espera que las mismas puedan favorecer mayores profundizaciones en futuros estudios”* (Pastor y Berberían, 2007: 43).

6.NOSOTROS .

Justamente, reconociendo con nuestros colegas las limitaciones del propio trabajo, también tenemos un anhelo de mayor profundidad, de mayor detalle, como si una sensación de insatisfacción nos invadiera en nuestra práctica profesional de la arqueología de Córdoba. Es como si quisiéramos decir más, y no podemos. Es como si estuviéramos viendo otras cosas, pero no tenemos la forma de decirlas, o los medios teóricos y/o metodológicos para sostenerlo. Es como si la relación afectiva establecida con el registro, y a través de éste con los pueblos indígenas, hiciera que quisiéramos mostrar que era gente que vale la pena conocer; quisiéramos aportar más información a los pueblos originarios actuales para que sepan cosas de sus ancestros que la historia no escribió y la tradición no conservó. Y esta sensación de impotencia no es nueva en nosotros: ya la experimentamos en nuestra tesis doctoral, cuando los modelos de la ecología evolutiva contrastaban marcadamente y no podían explicar lo que leíamos en los documentos etnohistóricos (Laguens 1999a), cuando las voces directas de los caciques transcritas en legajos judiciales reclamaban por sus derechos a inicios del siglo XVII y relataban estrategias de resistencia – entre ellas, los propios juicios iniciados por ellos mismos – que no se “veían” en el registro arqueológico, lo que nos llevó a nuevas búsquedas. Y es la misma sensación de impotencia de hace pocos días en el nombramiento de curacas comechingones, cuando me ruboricé en el momento que dos de ellas reclamaron por su ausencia en los libros de historia, reafirmando su presencia y existencia con la ovación del público asistente.

Entonces, ¿qué está pasando?, ¿podemos criticar a la arqueología del pasado cuando nosotros tampoco podemos superar varias trabas? Trabas epistemológicas, teóricas, mentales, materiales, sociales, etc. Sabemos, como decía Binford, que el registro está ahí, con nosotros, esperando que lo estudiemos; pero es como si hubiera

un desfase entre lo observado, lo preguntado, lo esperado y lo obtenido, amén del contraste con un contexto social demandante y en cambio.

La experiencia de dos décadas de trabajo en la región, no sólo con el registro arqueológico, sino también con la gente de los lugares donde hacíamos trabajo de campo, con los aficionados, con las comunidades locales de ascendencia indígena, con representantes de los pueblos originarios, o con otros pobladores locales, nos ha llevado a preguntarnos otras cosas, a la par que nos fue dando un conocimiento y visión sobre el pasado y las comunidades que habitaron ese espacio y ese tiempo. Estamos tratando de replantear al menos entonces aquella universalidad de lo local en marcos más acotados. Tratamos de poner en juego así otras dimensiones de los cambios y las continuidades, de los humanos locales y sus mundos de relaciones, que prescinden de esquemas implícitos de evolución, o que no necesitan apelar a la dificultad de aplicar categorías y conceptos para describir y especificar un registro particular; sino que apelan más bien a entender a las comunidades en sus propios contextos, a la par de considerarlas como partes de entramados mayores, inclusive optando por una mirada que trata de estar centrada en los grupos de sujetos y en colectivos sociales, y no en los individuos aislados, en contra de la fuerza de la individualidad en el mundo neoliberal actual y recurriendo entonces a nuestros ideales post-hippies de los '70 que creían en la fuerza de lo social (Laguens 2007a).

No obstante, es como si la "parquedad" del registro fuera mayor que nuestros anhelos, y la fuerza de nuestros esquemas mentales tan fuerte, que difícilmente podemos superar muchas veces el hecho de estar diciendo quizás lo mismo que antes, ahora bajo distinta forma. Por ejemplo, uno de los temas ejes de nuestras preocupaciones actuales en la investigación es la definición de lo regional, como un proceso de generación de entramados sociales que trascienden el alcance espacial de lo local y el temporal de la inmediatez de las relaciones interpersonales. La idea es ver cómo los grupos van construyendo redes de relaciones en su habitat y con otras poblaciones humanas, analizando cómo en este proceso se van definiendo prácticas con una lógica propia y cómo, sobre esta base, luego se van generando distintos alcances de lo local, se generan identidades, hay rupturas, continuidades y se forjan diferencias (Bonnin y Laguens, 2000; Laguens 2006; Laguens *et alii*, 2007a, 2007b). No obstante, nos resulta difícil no pensar en estos casos al paisaje como un escenario y al ambiente casi como un desafío, pese a que entendamos al paisaje como producto de una interrelación entre humanos y componentes no humanos del espacio, y al ambiente como un espacio del habitar, no necesariamente ni inicialmente separado de los humanos, como lo pudimos pensar para otro lado, el mundo andino de Argentina

(Laguens y Gastaldi 2007).

Nos preocupa entonces encontrar dónde reside el eje de esta tensión, de donde provienen estas contradicciones de nuestra práctica y cómo solucionarlas, con cierta esperanza que sea una situación compartida. Vislumbramos al menos varias dimensiones que se ponen en juego a la vez: una empírica (el registro), una metodológica (los procedimientos), una epistemológica (los marcos teóricos), una ontológica (cómo creemos que es el mundo), una histórica y social individual (nuestra posición en el mundo), otra histórica y social colectiva (nuestra posición en el colectivo profesional actual y en el espacio social no académico), otra política (los marcos de las prácticas, nacionales e internacionales) y una relacional (donde todas éstas, y quizás otras más, se articulan), que creemos que no necesitan mayor explicación.

Por caso, solo baste considerar que, si tratamos con registros arqueológicos particulares, con propiedades en común, a la par que con variaciones espaciales y temporales, con distinto grado de integridad, diversidad, homeogeneidad, tasas de cambio, orden, desorden, tamaño, grados de conservación, antigüedad, etc., ¿podemos realmente preguntarnos aquello que queremos?, ¿cómo hacemos para responderlo?, ¿lo estamos respondiendo con ese registro?, ¿o ciertamente, el registro arqueológico está determinando nuestras preguntas y respuestas?, ¿podemos ver más allá de lo que nuestro presente nos permite ver? Por un lado, se nos plantea algo práctico en los términos que Hodder lo expuso en algún momento, en cuanto a que, a medida que nos alejábamos en el tiempo, resultaba más difícil hacer arqueología interpretativa. Al respecto, por ejemplo, hoy nos cuestionamos si cuando estudiamos el inicio del poblamiento en la región hacia fines del Pleistoceno (Demarchi, Fabra y García, 2006; Fabra, Laguens y Demarchi, 2005; Laguens, Fabra y Demarchi, 2005) podemos hacernos las mismas preguntas que cuando estudiamos el contacto hispano-indígena; y no sólo eso, sino también si estamos aplicando los mismos marcos teóricos (Laguens 2006c). Como veíamos más arriba, ¿Cómo "es" ese cazador-recolector del Pleistoceno en relación al agricultor del Holoceno final (y sin siquiera entrar en distinciones de género)? ¿Quién está "más cerca" humanamente?, ¿quién está "más cerca" de la "naturaleza"? Las respuestas son obvias.

Pero por otro, también se nos plantean a la par cosas más profundas, que van desde cuestionar a la propia arqueología como una disciplina siempre dependiente de otras, que lo único que hace es meramente contrastar, confirmar o proyectar teorías o ideas actuales (ecológicas, económicas, sociológicas, postmodernas, capitalistas, estructuralistas, etc.) en el pasado, reafirmando su vigencia en el presente desde distintos pasados y espacios, justificando así el orden actual del mundo, hasta nuestro

rol como constructores y voceros oficializados de esos pasados.

Y al pensar que sentimos un compromiso con las comunidades originarias actuales (y también pasadas), que cuestionamos quiénes somos nosotros para hablar de "otros", estas dudas e inseguridades, junto con las limitaciones teóricas y prácticas de nuestra disciplina, nos plantean también otro problema ético más, en tanto los resultados de estos trabajos, circulan como distintas construcciones por ámbitos no académicos y se instalan en el público, a veces incluidos los mismos pueblos originarios. De este modo, los estereotipos se ven reforzados, se avalan asimetrías y mecanismos de diferenciación, y lo dicho se convierte en instrumentos de poder y de negociación de identidades, por cualquiera de las partes en pugna. En este contexto, creemos modestamente nuestra labor puede dar contenido a los reclamos indígenas por legitimar una existencia jurídica e histórica, lo que les puede proporcionar armas de poder y autoridad histórica, las mismas que tradicionalmente poseyó el grupo dominante. Los restos materiales muebles e inmuebles así como los fechados radiocarbónicos otorgan existencia "real" a los aborígenes de Córdoba en un pasado que se puede medir en tiempo cronológico similar al de la historia nacional, al tiempo que los ubica en un espacio determinado, y resultan aportes de utilidad para el fortalecimiento étnico y la legitimación de la identidad ante el Estado (Laguens y Bonnin, 2008).

En síntesis, tiempos, espacios, cultura material y gente (presentes y pasadas, distintos actores, nosotros y otros) se entrelazan desde hace tiempo en la arqueología de Córdoba, de distinta manera y desde distintas perspectivas. El efecto de este fibrado multidimensional de relaciones está en acción, tiene agencia, está en movimiento y como tal, tendrá distintos alcances, nuevas relaciones, nuevos actores y dimensiones. No es sólo arqueología. No es sólo pasado. Creemos que ha sido siempre distintas formas de tomar posición y de estar en el mundo.

BIBLIOGRAFIA:

AMEGHINO, F. (1885): "Informe sobre el Museo Antropológico y Paleontológico de la Universidad Nacional de Córdoba durante el año 1885". *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba*, VIII, p. 347-360, Bs.As.

BERBERIÁN, E. E. (1999): "Las Sierras Centrales". En: Academia Nacional de la Historia, *Nueva historia de la Nación Argentina*, I: 135 – 158. Buenos Aires.

BERBERIÁN, E. E. y ROLDÁN, F. (2001): "Arqueología de las Sierras Centrales". En: E. E. Berberían y A. E. Nielsen (dir.), *Historia argentina prehispánica*: 635-691. Editorial Brujas, Córdoba, Argentina.

BONNIN, M. (2007a): *La trama de las funciones museológicas. El caso del Museo de Antropología de Córdoba, Argentina*. Tesis de Maestría en Museología, Universidad Nacional, Costa Rica, Ms inédito.

BONNIN, M. (2007b): "La conformación de colecciones en la construcción de las antropologías locales: el Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore de Córdoba (1941-48)". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Buenos Aires, en revisión.

BONNIN, M. y LAGUENS, A. (2000): "Entre esteros y algarrobales. Los indios de Córdoba y Santiago del Estero". En: M. Tarragó (ed.), *Nueva Historia Argentina*, vol. I, pp. 147-186, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

BONNIN, M. y LAGUENS, A. (2007): "Categorías arqueológicas para construir el pasado de Córdoba y San Luis, *VII jornadas de investigadores en arqueología y etnohistoria del centro oeste del país*, Río Cuarto, Argentina (en prensa).

CARRASCO, M. (2000): *Los derechos de los pueblos indígenas en Argentina*. Internacional Work Group for Indigenous Affairs, Vinciguerra Testimonios, Buenos Aires.

DE APARICIO, F. (1939): "La antigua provincia de Los Comechingones". En: Ricardo Levene (ed.), *Historia de la Nación Argentina.*, vol. I, Ed. El Ateneo, Bs. As.

DEMARCHI, D. A.; FABRA, M. y GARCÍA, A. (2006): "Poblamiento inicial de las Sierras Centrales de Argentina: nuevas evidencias morfológicas y moleculares". *III Simposio Internacional El Hombre Temprano en América*. DAF/INAH, México. En prensa

FABIAN, J. (1983): *Time and the other: how anthropology makes its object*. Columbia University Press, New York.

FABRA, M., LAGUENS, A. y DEMARCHI, D. (2005): "Análisis intra e interpoblacional de rasgos craneanos no métricos en aborígenes prehispánicos del actual territorio de Córdoba". *Revista Argentina de Antropología Biológica* 7(2): 47-65, Argentina.

FOUCAULT, M. (2002): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires.

GNECCO, C. (1999): *Multivocalidad histórica: hacia una cartografía postcolonial de la arqueología*. Departamento de Antropología. Universidad de Los Andes, Colombia.

GNECCO, C. (2006): "Territorio y alteridad étnica: fragmentos para una genealogía". D. Herrera Gómez y C. E. Pizzini Suárez, (ed.), *(Des)territorialidades y (No)lugares: procesos de configuración y transformación social del espacio*, ed. La Carreta Editores E.U., Medellín, Colombia.

GONZÁLEZ, A. R. (1952) "Antiguo horizonte precerámico en las Sierras centrales de la Argentina". *Runa* V, parte 1-2: 110-133, Buenos Aires.

GONZÁLEZ, A. R. (1960): "La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (Pcia. de San Luis, Rep. Argentina) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica". *Revista del Instituto de Antropología, vol. I: 1-255*, Universidad Nacional de Córdoba.

GONZÁLEZ, A. R. (1977): *Arte precolombino de la Argentina*. Filmediciones Valero, Bs.As.

GONZÁLEZ, A. R. y PÉREZ, J. A. (1972): *Argentina indígena. Vísperas de la conquista*. Editorial Paidós, Bs.As.

HERNANDO, A. (2001a): "Sociedades del pasado y prehistorias del presente. El caso del Calcolítico de la península ibérica". *Complutum*, 12: 217-236, España.

HERNANDO, A. (2001b): "Sobre identidad y prehistoria". *ArqueoWeb* 3(3), Diciembre. <http://www.ucm.es/info/arqueoweb> (21 abril 2008).

HERNANDO, A. (2006): "Arqueología y globalización. El problema de la definición del "otro" en la Postmodernidad." *Complutum* 17: 221-234, España.

INGOLD, T. (2001): "El forrajeo óptimo y el hombre económico". En: P. Descola y G. Pálsson (ed.), *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*, Siglo XXI Editores, México.

LAGUENS, A. (1995): "Observación controlada y análisis estadístico de procesos de formación en un sitio en el árido del centro de Argentina". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XIX, 1993-1994.

LAGUENS, A. G., (1999a): "Estrategias estables, cambio y diversidad en la arqueología de las Sierras Pampeanas en Argentina". *Publicaciones Arqueología*, Vol. 49: 43-56, Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

LAGUENS, A. G., (1999b): *Arqueología del contacto hispano indígena. Un estudio de cambios y continuidades en las sierras centrales de Argentina*, British Archaeological Reports International Series, Oxford.

LAGUENS, A. G., (2006a): "Colegas invisibles: la circulación de ideas en arqueología. Un caso de estudio". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXI: 337-346.

LAGUENS, A. G., (2006b): "Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social en comunidades aldeanas del Valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. IV - X d.C.)". *Chungará*, 38 (2): 211-222, Chile.

LAGUENS, A. G. (2006c): "El poblamiento inicial del sector austral de las Sierras Pampeanas de Argentina desde la ecología del paisaje. *Anales de Arqueología y Etnología*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina. En prensa.

LAGUENS, A. G., (2007a): "Arqueología de las Sierras Centrales: problemas y perspectivas actuales". *VII jornadas de investigadores en arqueología y etnohistoria del centro oeste del país*, Río Cuarto, Argentina (en prensa).

LAGUENS, A. G., (2007b): "Objetos en objetos: hacia un análisis relacional de lo estético en arqueología". *IV Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en América del Sur*, Universidad Nacional de Catamarca, Argentina, World Archaeological Congress

(MS).

LAGUENS, A. y BONNIN, M. (1987): "Espacio, paisaje y recursos. Estrategias indígenas alternativas y complementarias en la cuenca del río Copacabana (Dto. Ischilín, Córdoba, Arg.). Sitio El Ranchito: 1000 a.C.-1600 d.C.". *Publicaciones del Instituto de Antropología*, XLV (1985):159-204, Córdoba.

LAGUENS, A. y BONNIN, M. (1997): "Personas de Barro". *Homenajes*, Fundación Facultad de Filosofía y Humanidades, U.N.C., Museo de Antropología, pp-8-9.

LAGUENS, A. y BONNIN, M. (1998): "Pensamiento y práctica de la arqueología en Córdoba". *Estudios*, Revista del Centro de Estudios Avanzados, N° 10, pp. 9-16, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

LAGUENS, A. y BONNIN, M. (2008): *Sociedades indígenas de las Sierras Centrales. Arqueología de Córdoba y San Luis*. Museo de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina (en prensa).

LAGUENS, A.; BONNIN, M.; DELFINO, D.; DIAZ, S.; MADRID, P.; MANASSE, B. y SILVETTI, F. (1987): "Lo que el viento se llevó: un diseño de observación controlada de procesos de formación de sitios arqueológicos impactados". *Publicaciones Instituto de Antropología*, XLV(1985):133-158, Córdoba, Argentina.

LAGUENS, A.; FABRA, M. y DEMARCHI, D. (2005): "Un estudio bioantropológico y arqueológico de la colonización humana de las Sierras Pampeanas Australes". *Debates actuales en Arqueología y Etnohistoria*, E. Olmedo y F. Ribero (comp.), pp. 119-135, Universidad Nacional de Río Cuarto, Argentina.

LAGUENS, A. y GASTALDI, M. (2007): "Registro material, fisicalidad, interioridad, continuidad y discontinuidad: posiciones y oposiciones frente a la naturaleza y las cosas". En: Troncoso, A. y D. Jackson (ed.) *Arqueología Teórica en Chile*, Universidad de Chile, en prensa.

LAGUENS, A.; GIESSO, M.; BONNIN, M. y CLASCOCK, M. (2007a): "Interacciones a larga distancia entre cazadores-recolectores del holoceno medio en Intihuasi, San Luis, Argentina". En: E. Olmedo y F. Ribero (comp.) *Debates actuales en Arqueología y*

Etnohistoria, pp. 135-142, Universidad Nacional de Río Cuarto.

LAGUENS, A.; GIESSO, M.; BONNIN, M. y CLASCOCK, M. (2007): "Más allá del horizonte: cazadores-recolectores e intercambio a larga distancia en Intihuasi". *Intersecciones en Antropología*, 8: 7-16, Universidad del Centro de la Provincia de Bs.As, Olavaria, Argentina.

LAGUENS, A. G. y PAZZARELLI, F. G. (2007): "¿Manufactura, uso y descarte? o acerca del entramado social de los objetos cerámicos". *IV Reunion Internacional de Teoría Arqueológica de America del Sur*. Inter-Congress del World Archaeological Congress, Catamarca, Argentina.

LAGUENS, A. ; PAUTASSI, E. A. ; SARIO, G. M. y CATTÁNEO, G. R. (2007c): "Fishtail Projectile Points from Central Argentina". *Current Research in the Pleistocene*, 24: 55-57.

LAGUENS, A.; CATTÁNEO, G. R.; PAUTASSI, E. A. y SARIO, G. M. (2008): "Poblamiento humano temprano en la Sierras de San Luis: Estancia La Suiza". *Actas de las VII Jornadas de Arqueología y Etnohistoria del Centro-Oeste*, Universidad Nacional de Río Cuarto, Argentina (en prensa).

MARCELLINO, A. J.; BERBERIÁN, E. E. y PÉREZ, J. A. (1967): "El yacimiento arqueológico de Los Molinos (Dpto. Calamuchita, Córdoba)". *Publicación XXVI*, Instituto de Antropología, Córdoba.

MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Siglo XXI de España Editores, S.A.

MENGHIN, O. F. A. y A. R. González (1954): "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira, Córdoba, R. Argentina". *Notas del Museo de La Plata XVII* (67).

MONTES, A. (1956): "Historia de Ongamira". *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año XLIII (1-2): 115-150, Córdoba, Argentina.

MONTES, A. (1960): "El hombre fósil de Miramar (Córdoba)". *Revista de la Facultad de C. Exactas, Físicas y Naturales*, UNC, Serie Cs. Nat. 21 (1 y 2): 1- 21, Córdoba.

PASTOR, S. y BERBERIÁN, E. E. (2007): " Arqueología del sector central de las Sierras de Córdoba (Argentina). Hacia una definición de los procesos sociales del período prehispánico tardío (900-1573 d.C.)". *Intersecciones en Antropología*, 8: 31-48, Universidad del Centro de la Provincia de Bs.As, Olavarría, Argentina.

RIVERO, D. y ROLDÁN, F. (2005): "Initial peopling of the Córdoba Mountains, Argentina: first evidence from El Alto 3". *Current Research in the Pleistocene*, vol. 22: 2-3.

SERRANO, A. (1944): *Los Comechingones*. Serie Aborígenes argentinos, Vol.I, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore, Universidad Nacional de Córdoba.